

La política norteamericana

JOSÉ MARÍA CARRASCAL*

**CUERPO
DIPLOMÁTICO
NO
PROFESIONAL**

* El Vellón (Madrid), 1930.
Periodista. Premio Nadal 1972.
Corresponsal de ABC en Nueva York.

LA política norteamericana es unidimensional, los Estados Unidos no tienen política exterior, sólo interior. Algo que sorprende en cualquier país, y asusta en el que dirige, por lo menos, la mitad del mundo. Pero la realidad es esa, y se entenderían mucho mejor los problemas de este mundo si se partiese de tal supuesto.

Cuando decimos que los Estados Unidos no tienen política exterior exageramos, naturalmente, como casi siempre que se habla o escribe. Más exacto sería decir que la prioridad de la política interior norteamericana sobre la exterior es avasallante, de forma que esta última emerge sólo como un apéndice o reflejo de aquélla. Y si hay que sacrificar una, se sacrifica la segunda a la primera. Ocurre justo lo contrario que en la Unión Soviética, donde la política exterior manda, hasta el punto que la interior ha quedado reducida durante largos períodos a una política de orden público. Si Gorbachov consigue sólo alterar esto, ya valdría la pena su *perestroika*.

Pero estábamos hablando de los Estados Unidos. De la poca importancia que se ha dado aquí siempre a la política exterior habla el hecho de que hasta hace muy poco, no había cuerpo diplomático profesional, ni casi diplomacia norteamericana, sustituida por el comercio o las cañoneras según los casos. Ha habido, naturalmente, notables excepciones, como la de Benjamin Franklin, embajador en París, pero más para confirmar la regla que para establecerla. Las embajadas solían darse en los Estados Unidos según la amistad con el presidente y, a veces, sólo para pagar una deuda electoral. Uno de los espectáculos más divertidos en Washington, aún hoy, son los *hearings* en el Senado para dar el visto bueno a un nuevo embajador. Si sabe el idioma del país a donde ha sido destinado, ni se pregunta, pues la respuesta suele ser no. Y a tenor de otras contestaciones, lo que dan ganas de preguntar al examinando es si es capaz de localizar en el mapa dónde está ese país.

Esto se ha corregido un tanto en los últimos tiempos, pero no mucho. El Departamento de Estado ha crecido en prestigio a caballo del protagonismo norteamericano en el mundo, pero no en poder. Su poder sigue siendo muy inferior al de Agricultura o Comercio,

Viene de los orígenes mismos de los Estados Unidos. Los *pere-*

grinos que llegaron aquí huyendo de Europa no venían a hacer política exterior, venían más bien huyendo de ella, de las guerras continuas, de las levadas, de los planes de conquista de sus reyes, de los tributos que tenían que pagar por ello. Venían a levantar su casa, su hacienda, su fortuna. La nación, el imperio, lo dejaban detrás. Estaban hartos de ello. Y conviene recordar lo que costó durante el congreso fundacional de Filadelfia, que aquellos descendientes de los primeros emigrantes se pusieran de acuerdo para construir una nación. El miedo a repetir los errores de sus antepasados era tan fuerte que muchos se oponían. No querían renunciar a su sueño individual por el colectivo. Cuando se convencieron de que no les quedaba otro remedio que unirse de alguna manera para defender tal sueño, su esfuerzo se concentró en hacer una nación distinta a todas las conocidas. Todo el proceso de Filadelfia, así como el trazado de la Constitución, giró en torno a impedir que los Estados Unidos fueran como Inglaterra, Francia o España. Lo que traducido a la práctica significa impedir que alguien alcanzase tal poder que pudiera imponerse a los demás. La forma de lograrlo fue contraponer un poder frente a otro a todos los niveles. La política norteamericana emerge así como una lucha de todos contra todos. Por lo pronto, el país contra Washington, sede únicamente del poder político, pues el arte, la industria o la ciencia están en otras partes. Nada de extraño que Washington tenga tan mala fama en los Estados Unidos y que la mejor forma de ganar unas elecciones norteamericanas sea naciendo campana contra la capital. Los dos últimos que lo hicieron, Cárter y Reagan, ganaron. Puede que Dukakis lo intente también.

Pero Washington es a su vez lo más distinto que pueda imaginarse a un bloque de poder. Se parece más bien a una olla de grillos o, mejor, de escorpiones, listos a aniquilarse mutuamente. Hay, de entrada, la lucha entre republicanos y demócratas. Está, luego, la del presidente con las cámaras. Y la del mundo político oficial y los *lobbies*, cada vez más numerosos e influyentes. Hay *lobbies* internos —el del acero, el de la agricultura, el de la tercera edad, el de los maestros, el de los homosexuales, etc., etc—, y los hay externos, representando los intereses de otros países, entre los que destaca el israelí por su fuerza, hasta el punto que puede decirse que durante amplios períodos de su reciente historia, los Estados Unidos no han tenido política para el Oriente Medio. Debido a ese *lobby*, había adoptado la israelí.

El espectáculo general es el de una arena de circo, con fieras, gladiadores, aurigas y caballos entremezclados, ofreciendo un panorama sangriento y cambiante, según se impongan unos u otros. El presidente consigue, en un golpe de mano, imponerse a las cámaras. Un *lobby* logra apoderarse de aquella esquina de la política. En esta otra, una región consigue meter un gol a la vecina. Se trata de un forcejeo constante, de una crisis permanente, con la Prensa dando dentelladas a quien se pone a su alcance sin distinción. En estos momentos, la situación es como sigue: tras haber dominado a las cámaras durante su primer mandato, Reagan pierde poder, control y prestigio conforme se acaba su mandato, y el mando vuelve al Congreso. Aunque sin verse todavía claro quién

WASHINGTON UNA OLLA DE GRILLOS

**RECTORES
DEL MUNDO
SIN POLÍTICA
INTERNACIONAL**

o qué va a emerger. La vieja coalición demócrata que forjó Roosevelt ha sido rota, sin que Reagan haya conseguido sustituirla por la *gran mayoría* republicana a que aspiraba. El país está más fragmentado que nunca, ío que tampoco quiere decir más débil, pues una de las características de la democracia es que saca su fuerza de ese pulso constante entre las distintas facciones que constituyen la nación. La uniformidad, por el contrario, agosta la democracia como una ola de calor un campo de trigo.

Dentro del país, este sistema funciona. El forcejeo obliga a la constante renovación, a no dormirse en el camino, a renovar las fórmulas en cuanto empiezan a estar gastadas. El dinamismo creativo de la política interna norteamericana viene de ahí.

El problema es el área exterior. La política internacional requiere justo las características contrarias: predictividad, consecuencia, firmeza. Cosas que no aparecen por ninguna parte en Washington, debido a los constantes cambios del epicentro del poder y al hecho de que cualquier congresista puede ponerse a hacer política europea, asiática o africana por su cuenta y riesgo sin que apenas haya posibilidades de frenarle.

Mientras los Estados Unidos fueron una nación periférica, poco importante, no importó. Pero conforme su papel en los asuntos mundiales fue creciendo, tal discrepancia fue haciéndose mayor, hasta convertirse hoy en angustiosa. Los Estados Unidos están dirigiendo los asuntos internacionales sin tener una auténtica política internacional. En el mejor de los casos, tiene muchas: la de la Casa Blanca, la del Congreso, la de los *lobbies*. En el peor, no tiene ninguna, cosa que pasa con frecuencia cuando esas distintas fuerzas se anulan entre sí y ninguna es capaz de imponerse a las demás. La *impotencia* norteamericana durante la crisis de los rehenes en Teherán, ante los sandinistas o ante Moriega viene ahí. En el último caso, ni siquiera se debe a un forcejeo entre la Administración y otro brazo de poder, sino a una pugna dentro de la Administración misma, con el Departamento de Justicia empeñado en tratar a Noriega como un narcotraficante y el de Estado inclinado a tratarle como un peligroso dictador al que conviene hacer abandonar el poder cuanto antes y a cualquier precio.,

La política norteamericana, en resumen, es una política para andar por casa, pero no para andar por el mundo. Pocas naciones menos preparadas, psicológica y constitucionalmente, para tener un imperio. Y sin embargo, ha terminado teniendo uno de los mayores imperios de la historia. En su descargo digamos que más que buscarlo, se lo encontró, y no sabe qué hacer con él. Dicho sea para su elogio y reproche.